

**Víctor Ruiz Iriarte**

## **Champagne**

Wells ha declarado a Paul Morand que piensa abandonar el género literario que hasta ahora ha sido su predilecto: el estudio del viejo mundo; de los siglos transcurridos. Indudablemente es un acierto. Pero habrá que pensar en el motivo que lo provoca. Es una verdad abrumadora que padecemos una invasión de clasicismo. Para que un pensamiento propio encuentre mejor acogida en el espíritu del lector hay que apoyarlo en un axioma clásico. Parece que la pátina del tiempo sublimiza las inteligencias hasta hacerlas intangibles. ¿Qué diríamos del atrevido que motejara de mediocres a Cervantes, a Shakespeare o a Molière? Fácilmente se comprende: un desdén compasivo acogería su perorata.

Y no hay que creer incongruente al que a ello se decidiera. Antes, ahora y mañana ha habido y habrá insuficiencia y valer. No hay que convertir en fetichismo la admiración por nuestros antepasados. No es necesario para esto ni soberbia ni vanidad. Si acaso, un poco de sinceridad. Y pensar que al convertir en ídolos a los que vivieron antes que nosotros, nos convertimos en siervos aduladores temerosos de levantar la vista hacia ellos.

\* \* \*

«Sólo se realizan –según Strindberg– los sueños menos bellos»... Pero ¿es que existe en nosotros algo realizado que antes no haya sido ardorosamente soñado? La más pequeña cosa ha de pensarse rodeándola de una aureola idealista. Es precisa la nostalgia para intentar conseguir, aunque luego venga la decepción con lo conseguido y nos avergüence la pobreza de nuestra aspiración. La vida es el conjunto de todas las cosas insignificantes que nos rodean. Una amalgama de sueños no es más que la ambición de vivir. Y este es el contraste. Porque la ambición legítima, a veces, se confunde con el ideal irrealizable. Son tan densos los ambientes que nos brinda la ocasión de soñar, que el adormecernos es la quimera. Pero querer vivir es soñar. Y aunque de forma accidentada siempre se consigue. Es el «bello sueño» que se realiza espiritualmente. La materialidad no puede tener lugar en el pensamiento íntimo. Es tan brusca y absurda como un drama de Strindberg...

\* \* \*

Por una inexplicable sugestión, el vencido deja más huella en nuestra sensibilidad que la arrogancia del vencedor. Quizá sea porque nos dejamos dominar por nuestro espíritu impotente e inconscientemente nos colocamos en el lugar del derrotado. Y el respeto que nos profesamos a nosotros mismos lo dediquemos íntegro para los demás. Probablemente es un egoísmo. Pero es un egoísmo que los otros han de agradecernos. Al triunfador –en cualquier rama del saber– se le respeta, no se le acata. Son muchos los encumbrados; pero es infinitamente mayor el número de los aspirantes a la misma clasificación. Los puestos de honor en la gloria son limitados. De la legión de opositores queda fuera la mayoría. Y es en esa masa mayoritaria donde se llora el dolor de un fracaso y la decepción de lo que nunca se lograría. A pesar de todo, la lucha se continúa –la lucha es la vida en materia–; y es doloroso cómo en este caso que el Destino sea tan cruel con los ideales de los que luchan por rebelarse a sus mandatos.

La prensa ha concedido un lugar secundario al relato del suceso. Es tan vulgar, que es insuficiente para alimentar la curiosidad de sus lectores. En una carretera española ha volcado una camioneta que conducía una compañía de comediantes. Han resultado varios heridos y algún muerto. Se dirigían a un pueblo pequeño donde habían de dar alguna representación de su viejo repertorio. El clásico repertorio de cómicos de la legua: El «Tenorio», el «Don Álvaro», «La muerte civil». Con la encarnación de los héroes legendarios hubieran vivido ellos unas horas más de esa gloria breve que les producirían los ingenuos aplausos de las gentes pueblerinas. Ni con esta insignificante vanidad han podido endulzar lo aplastante de su derrota. Porque estos desdichados servidores del arte también habría días que soñarían emular las glorias de los afortunados. No ha sido así. Al servicio de ese deseo han encontrado unos la muerte, otros la inutilidad física y los demás el latigazo doloroso de la realidad. Y más que su accidente trágico, hay que sentir la rotura, para siempre, de las ilusiones que alimentaron sus vidas. El impulso humillado merece más admiración que la gloria conseguida.

\* \* \*

Hay una vacante en la Academia Española. El clásico sillón, por el que tanto se afanan la gran parte de los escritores. Para algunos representa un premio. Para otros suele ser el límite de su carrera. Se ignora a quién corresponderá ostentar la suprema distinción. Es casi seguro que no será al mayormente capacitado. La clasificación sería imposible. Y además injusta, porque el escritor es un criterio y varios los electores. No se comprende cómo el honor académico puede ser añorado por nadie. Es un premio al arte que ha de ser enojoso para el artista, al convertirse el aliento en razón y lo instintivo en lógico.